

## El fotógrafo.

Por José Luis de Vilallonga

Cada vez que viajo a Madrid trato de pasar unas horas en el estudio de mi amigo Juan Gyenes, uno de mis fotógrafos preferidos. Nacido en Kaposvár, un pueblecito húngaro, llegó a España en 1940, camino de El Cairo, huyendo de los alemanes. En Madrid conoció a su colega Pepe Campúa quien le convenció de que no siguiera el viaje y le encontró un estudio en la calle Isabel la Católica, a dos pasos de la Gran Vía. Un estudio de una modestia que no guarda proporción alguna con la celebridad de su dueño, el único húngaro que yo conozco perteneciente a la malagueña Real Academia de Bellas Artes de San Telmo. No hay ni un claro en las paredes del estudio. [...]. Reyes, presidentes, bailarinas, duquesas, actores, cantantes de ópera, políticos y señoras, muchas señoras [...]. "Yo aprendí del fotógrafo Karash -explica Gyenes- que a las mujeres hay que fotografiarlas tal y como les gustaría ser. Pero la verdad es que nunca me he enfrentado a una mujer verdaderamente fea. Todas tienen algo que, con un poco de imaginación, puede resultar sublime, un cuello grácil, unas manos inteligentes, una manera perversa de mirar". Un poco aparte, con cierto espacio de pared para él solo, hay un retrato de Franco, precisamente el que sirvió de modelo a los últimos sellos del régimen franquista [...].

-En cierta ocasión -me cuenta Gyenes- fui al palacio del Pardo a entregarle el primer ejemplar de mi álbum sobre la tauromaquia. El general lo hojeó rápidamente y me preguntó: "¿A usted, Gyenes, le gustan los toros?". Con toda franqueza le contesté que no. Entonces Franco cerró el álbum y murmuró con cierta impaciencia en la voz: "Pues se nota ¿sabe?, porque si a usted le gustasen los toros hubiese estado un poco más pendiente de la faena y menos de su cámara".

Como casi todos los hombres que tienen mucho que contar, Gyenes es bastante reacio a hablar de sí mismo. Pero cuando le preguntan cómo hizo para llegar a la cima de la montaña en la que ahora está sentado, contesta con indisimulado orgullo: "Primero puse una piedra, luego otra y otra y otra. Así durante años, hasta llegar donde estoy. He tratado de no dañar nunca a nadie. La gente es muy susceptible en cuanto a su apariencia física. Sobre todo los hombres". [...] En una repisa, no lejos del retrato de Franco, hay otro álbum dedicado por entero a ensalzar el arte de Antonio, aquel que fue durante muchos años el más grande, por no decir el único de los bailarines flamencos [...].

Gyenes [me habla] de Picasso. "Me gusta retratar pintores. Saben posar y siempre adoptan actitudes interesantes. Mi triple honor es decir: he conocido a Picasso, he retratado a Picasso y puedo enseñar sin complejos lo que retraté. Nunca podré olvidar aquella mirada negra, insistente, una mirada que taladraba. [...]". Retratar a Dalí tampoco era un camino de rosas. Decía muchas cosas estrafalarias, pero nunca decía tonterías. [...]

En la pared contigua veo un retrato de Arthur Rubinstein [...]. Un Rubinstein sarcástico y sonriente, semejante al que frecuenté durante años en París cuando vivía en la plaza de la Republique Dominicaine, justo enfrente del Parc Monceau, un parque de una infinita melancolía en el que nunca cantan los pájaros. "Los pájaros -me dijo Rubinstein una tarde- no cantan nunca en los parques a la francesa, es más, los huyen, porque son demasiado ordenados, demasiado perfectos. En cambio, en los parques ingleses, tan exuberantes, a veces tan salvajes, los pájaros no paran de cantar. Yo, si fuera un pájaro, haría lo mismo." [...]

A fuerza de escudriñar los más recónditos secretos de los rostros que retrata, Gyenes se ha convertido en un filósofo mucho más sutil que los filósofos que han aprendido en los libros.